

Participación obrera, democracia y elecciones. Las luchas por la democratización del Partido Obrero Socialista y del Partido Comunista. Chile, 1912-1925¹

Workers' participation, democracy and elections. The struggles for the democratization of the Socialist Workers Party and the Communist Party. Chile, 1912-1925

Jorge Navarro López²

Recibido: 12 de abril de 2019 - Aceptado: 22 de mayo de 2019

Received: April 12, 2019 - Approved: May 22, 2019

Resumen

Este artículo analiza la actividad política del POS y del PCCh insertándola en las luchas por la democratización. Se enfoca en sus acciones para fomentar la participación política de la clase obrera y para denunciar y contrarrestar las acciones represivas del Régimen Parlamentario, al cual conceptualizaban como antidemocrático. A través de este análisis planteo que los socialistas-comunistas fueron uno de los principales agentes de la expansión del horizonte democrático del régimen político chileno durante el período 1912-1925.

Palabras clave: Partido Obrero Socialista, Partido Comunista de Chile, movimiento obrero, socialismo, democracia, elecciones.

Abstract

This article analyzes the political activity of the Socialist Workers' Party and the Communist Party of Chile, inserting it into the struggles for democratization. It focuses on its actions to promote the political participation of the working class and to denounce and counteract the repressive actions of the Parliamentary Regime, which they conceptualized as undemocratic. Through this analysis I propose that the socialist-communists were one of the main agents of the expansion of the democratic horizon of the Chilean political regime during the period 1912-1925.

Keywords: Socialist Workers' Party, Communist Party of Chile, labor movement, socialism, democracy, elections.

1 Este artículo fue realizado en el marco del proyecto «Historia de la democracia en Chile», del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez, y es resultado de su Programa de Incentivo a la Investigación para Tesistas Doctorales (convocatoria 2018-2019).

2 Chileno. Candidato a Doctor en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Becario CONICYT/PFCHA. Investigador Adjunto, Centro de Estudios de Historia Política (CEHIP), Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibáñez. jorgenavarrolopez@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Este artículo tiene como objetivo analizar el papel que le correspondió al Partido Obrero Socialista (POS)-Partido Comunista de Chile (PCCh) en la ampliación democrática en Chile entre 1912 y 1925. Cuestión social, explotación, matanzas obreras, organizaciones revolucionarias, represión, movilización populista, golpes de Estado, nueva Constitución, son todos fenómenos que subrayan el carácter conflictivo del primer cuarto del siglo XX chileno. Y si bien no son hechos exclusivos de este periodo, lo que sí sucede en aquellos años es que con la aparición de un partido declaradamente obrero, por primera vez en la historia republicana coexistieron organizaciones políticas que representaban a diferentes grupos sociales. El surgimiento del POS en 1912³ marca el inicio de la lucha institucionalizada de los trabajadores organizados por la democratización de la sociedad chilena, ciclo que se cierra con el golpe de Estado de 1973.

La democratización es un fenómeno que no se circunscribe exclusivamente a las modificaciones legales del régimen político. Tampoco se trata de un proceso que evolucione continuamente hacia la ampliación de los derechos democráticos, como lo demuestra la historia política del siglo XX chileno. Como sostuvo el sociólogo e historiador estadounidense Charles Tilly, la historia de la democracia debe ser entendida como un proceso de lucha por la democratización, donde la característica fundamental es la continuidad de profundos conflictos entre gobernantes y gobernados por la ampliación de la protección estatal, por el incremento de la interlocución organizada y por el aumento de la participación de los ciudadanos en la política nacional. Los desplazamientos en uno u otro sentido marcan el grado de democratización de los regímenes políticos (Tilly, 2005). De acuerdo con esto, para responder a la interrogante sobre cómo se forja históricamente un sistema democrático es necesario poner el foco en las características de la participación política y en la extensión de este fenómeno hacia los distintos grupos sociales, ya que de esa manera es posible apreciar los elementos democratizadores que se expresan en el conflicto político. Esto es aún más relevante cuando se analiza a la izquierda, dado que su historia está estrechamente vinculada a las luchas por alcanzar mayores grados de justicia social mediante la ampliación de los márgenes de la democracia (Eley, 2003).

Durante el ciclo 1912-1925 tanto los elementos «incluyentes» como los «excluyentes» del régimen político chileno expresan la conformación de lo que podría comprenderse como una nueva comunidad política. Ejemplos de lo primero son la eliminación en el último cuarto del siglo XIX de los requisitos patrimoniales para participar en las elecciones⁴, la relativamente amplia libertad de prensa que permitía a las organizaciones dar a conocer sus programas y reivindicaciones y la inexistencia de requisitos legales para la formación de sindicatos y partidos políticos que posibilitaban a las diversas orgánicas obreras desenvolverse en el espacio político. Asimismo, tanto la aparición de los obreros en el discurso de los partidos oligárquicos como la institucionalización de la interlocución entre los trabajadores organizados y los organismos del Estado dan cuenta de los elementos «incluyentes».

Por otra parte, y aunque parezca paradójico, los elementos «excluyentes» también reflejan la existencia de una nueva comunidad política. Como ha planteado Verónica Valdivia (2017), durante este periodo la represión en contra de las organizaciones obreras (partidos

3 El Partido Obrero Socialista fue fundado por un grupo de obreros a mediados de 1912 en Iquique, los que se escindieron del Partido Democrático debido a que rechazaban su actuar sistémico. El fundamento del nuevo partido fue la puesta en práctica de una política de orientación clasista y socialista. A comienzos de 1922 este partido modificó su nombre a Partido Comunista de Chile. En este trabajo utilizaré la denominación «socialista» para referirme a los militantes y dirigentes del periodo 1912-1922 y «comunistas» para el periodo siguiente. Se trata solo de una distinción nominal, dado que el cambio de nombre en 1922 no significó una modificación ni de sus prácticas orgánicas ni de su estrategia política.

4 En 1888 se eliminaron completamente en Chile los requisitos patrimoniales del derecho a sufragio, estableciéndose como únicos requisitos ser varón, mayor de 21 años, saber leer y escribir y estar inscrito en los registros electorales del departamento correspondiente al domicilio. En 1935, las mujeres pudieron votar por primera vez en las elecciones municipales. Recién en 1949 se les amplió ese derecho a las elecciones parlamentarias y presidenciales (Nazer y Rosembli, 2000).

y sindicatos liderados por socialistas y anarquistas) sufrió una modificación –una «modernización» de los métodos coercitivos-, transitando desde las matanzas del ejército hacia la sistematización de las prácticas represivas a través de mecanismos legales y de la persecución selectiva. Estos fenómenos, que expresan el rechazo a la propuesta de los obreros anticapitalistas, también dan cuenta de una confrontación política y social, indicador en este caso de la existencia de una pluralidad de ideas e intereses que operaba en el régimen político del primer cuarto del siglo XX. Se trataría, siguiendo la propuesta de Valdivia, de un periodo marcado por una «reformulación hegemónica» donde se combinan el consenso y la coerción (2017, pp. 24-25).

Teniendo en cuenta ese escenario de reformulación hegemónica, este artículo profundiza en el análisis de las acciones de los obreros socialistas y comunistas por expandir el horizonte democratizador del régimen político chileno, en fenómenos como las propuestas y alcances de un partido obrero, sus definiciones en torno a la democracia y la forma en que el POS-PCCh invocaba a la participación electoral de los trabajadores. El papel que jugaron los trabajadores organizados en la democratización ha sido tradicionalmente desconocido por la historiografía conservadora. Mario Góngora, en su influyente ensayo histórico, menosprecia las acciones de los socialistas-comunistas y su capacidad para influir en la ampliación democrática del Estado, a diferencia de la potencia formativa que otorga a figuras como Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez (1981, p. 88). En sintonía con esta interpretación, Gonzalo Vial señala que la irrupción política de los trabajadores y sus luchas reivindicativas serían una de las causas del quiebre del «consenso social nacional» que puso en jaque al Régimen Parlamentario (1987, p. 850). Así, Vial califica la actividad política socialista-comunista del primer cuarto del siglo XX como errática, oportunista y contradictoria más que democratizadora (1986, pp. 198-203).

Menos focalizados en los «grandes personajes», otros autores han destacado el rol que tuvieron las instituciones en la ampliación de los límites democráticos de la primera mitad del siglo XX, ya sea enfocándose en los organismos estatales y en la legislación laboral (Yáñez, 2008) o en las políticas que integraron a los trabajadores al mercado y al espacio público durante el periodo del Frente Popular (Silva y Henríquez, 2017). Esta última interpretación es posible encontrarla también en el ensayo de Marcelo Casals que revisa los conceptos de democracia y dictadura en el Chile republicano. Para este autor, las nuevas formas de participación democrática tendrían su origen en la Constitución de 1925 y se habrían cristalizado en una «noción democrática-popular» sólo gracias al triunfo electoral del Frente Popular en 1938 (Casals, 2017, pp. 342-343). De esta forma, el autor no se refiere a lo sucedido en la década previa a la crisis terminal del Régimen Parlamentario, ya que el texto no integra al análisis el ciclo de reconstrucción del movimiento obrero que se produjo en la primera mitad de la década de 1910, ni tampoco la actuación de los socialistas-comunistas durante 1912 y 1925 que perseguía el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas de la clase obrera.

A diferencia de lo planteado por estos trabajos, en este artículo propongo que los socialistas-comunistas influyeron positivamente en la ampliación democrática que experimentó Chile durante el primer cuarto del siglo XX. El punto inaugural de este fenómeno fue 1912, cuando surge el POS y comienza a desarrollar –entre los trabajadores y en contra de los sectores dominantes- su propuesta de regeneración de la democracia. Con este fin, analizo el proceso de democratización que se experimentó entre 1912 y 1925 concentrándome en los socialistas-comunistas y sus esfuerzos por posicionarse en el espacio público lo que comprendían como los intereses sociales, económicos y políticos de la clase obrera. Las acciones del POS no se abocaron exclusivamente al mundo de los trabajadores, sino que buscaron incidir en la democratización del sistema político a través de un partido que representara a los obreros y sus aspiraciones de mejoramiento material y, además, que disputara los cargos de representación exigiendo la eliminación de las prácticas fraudulentas

en las elecciones. Por ello, en este trabajo argumento que la historia de este partido –y de las organizaciones en las cuales influyó- es un factor esencial para entender la ampliación democrática que ocurrió en Chile durante el siglo XX.

El anterior planteamiento discute con la sobrevaloración del Frente Popular como un hito democrático en la historia del PCCh y que tiene como consecuencia la caracterización de lo realizado en las décadas anteriores como una especie de prehistoria de la izquierda, una hipótesis que caracterizó a la historiografía «marxista clásica» y que, con matices, se puede encontrar también en la producción de Tomás Moulian. Este autor señala que hasta 1933, fecha en que los comunistas adoptaron la estrategia de los «frentes populares», su actuación se caracterizó por mantenerse al margen de la escena política, convirtiéndolo de hecho en un «partido aislado» (2018, p. 106). Esta hipótesis, sustentada en la lectura de los lineamientos estratégicos de los partidos políticos y su posición ideológica frente al Estado, no toma en cuenta lo realizado por los socialistas-comunistas desde 1912 en las esferas sindical y política, que como veremos en este trabajo influyeron en la reconfiguración del régimen democrático. En este sentido, me parece necesario recuperar la advertencia que hace décadas realizaron Perry Anderson (1984) y Eric Hobsbawm (2010) de que el estudio de los partidos comunistas debe superar los límites de su «línea política» para advertir así las consecuencias históricas que tienen sus acciones.

Finalmente, respecto a la relación entre socialismo y democracia en el POS, es importante destacar el trabajo de Jaime Massardo sobre el tránsito intelectual y político de Luis Emilio Recabarren. A pesar de centrarse en el análisis de la concepción política del líder socialista-comunista como una versión subalterna del socialismo de la IIª Internacional, el trabajo de Massardo (2008) tiene el valor de posicionar históricamente sus planteamientos sobre la democracia, por ejemplo, al establecer los rasgos que Recabarren heredó a su nueva tienda política tras su militancia en el Partido Democrático (PD). Igualmente interesante es el ensayo de Augusto Varas (1988) que analiza la relación de ambos conceptos en el ideario recabarrenista, señalando la existencia de rasgos utópicos que convivían con un rudimentario marxismo. Para ambos autores, democracia y socialismo se complementan en la propuesta política de Recabarren y se nutren de los mecanismos que existían en la época, especialmente, la utilización del sufragio con perspectiva socialista.

Intentado ampliar lo señalado por Massardo y Varas hacia el conjunto de este partido y de sus acciones políticas durante el período 1912-1925, este artículo busca complementar estas ideas a través del análisis de fuentes documentales del período y de bibliografía especializada sobre el POS-PCCh. Con ese fin, está dividido en tres secciones que estudian el aporte de las acciones de los socialistas-comunistas a la democratización del régimen político chileno del primer cuarto del siglo XX. En la primera parte, defino las características del POS y analizo las implicancias de su inserción en el régimen político como un partido que disputaba la representación y dirección política de la clase obrera. El segundo apartado busca responder la pregunta sobre cómo entendía a la democracia este partido. Si bien los socialistas no dedicaron grandes esfuerzos a la definición de este concepto, su práctica cotidiana entrega luces sobre una comprensión de la democracia estrechamente vinculada a la distribución igualitaria de los recursos materiales, al mejoramiento de las condiciones laborales y a la ampliación de los espacios de participación política. La última sección, analiza las prácticas electorales de socialistas-comunistas con el objetivo de situarlo en el contexto del sistema electoral del primer cuarto del siglo XX. A pesar de su constante crítica al fraude en las elecciones, las comprendieron como momentos de vital importancia para avanzar en mayores grados de democracia, principalmente, respecto al voto de los trabajadores y a la posibilidad de reforzar legalmente los logros conseguidos en materia sindical.

EL PRIMER PARTIDO OBRERO: DEFINICIONES Y PROYECCIONES

Los socialistas no fueron los únicos ni los primeros en invocar la participación política de los trabajadores. A fines del siglo XIX, el balmacedismo tarapaqueño, con el fin de recomponerse políticamente de la derrota en la guerra civil de 1891, levantó un discurso en que apelaba al obrero como sujeto político (Pinto, 2007a). Más conocida aún es la estrategia populista de Arturo Alessandri para movilizar electoralmente a los trabajadores, fenómeno crucial para su elección como presidente de la República en 1920 (Valdivia, 1999; Pinto y Valdivia, 2001, pp. 105-151). A lo anterior hay que agregar la labor realizada desde 1887 por el PD, a través de su propuesta de politización y emancipación popular (Grez, 2016). La diferencia fundamental entre estas acciones de politización y la que proponían los socialistas se encontraba en el origen social excluyente que reclamaban estos últimos para su organización, pues consideraban que sólo de esta manera se podían mejorar las condiciones de vida de los sectores populares. Este planteamiento se relacionaba directamente con la idea de la necesaria vinculación entre las acciones políticas y sindicales, de ahí que el diagnóstico de los socialistas derivara en la imprescindible autonomía política de los obreros. Y si bien cuestionaban las características de la democracia, por entenderla como una institución capitalista, sostenían que era necesario utilizar los medios políticos disponibles. Esta contradicción aparente fue lo que le permitió al POS constituirse como una novedad en el espacio político, dado que entre su fundación y la crisis del sistema oligárquico de 1924 logró combinar de forma exitosa una propuesta «radical» en materia económica (anticapitalista), con una propuesta «reformista» en términos políticos (participación en las elecciones).

Desde su creación en 1912, el POS se planteó como tarea principal la transformación socialista de la sociedad. Para cumplir dicho objetivo enfocó su acción en la organización sindical de los trabajadores y en la ampliación de la restringida democracia chilena. En estos planos residía la razón de ser del partido: una organización política convocada y formada por obreros con perspectivas socialistas. Para los fundadores del POS no existían contradicciones, ni teóricas ni prácticas, entre socialismo y democracia, debido a que hasta antes de la Gran Guerra de 1914 los partidos socialistas que le servían de ejemplo habían actuado con cierto éxito en las democracias liberales, tanto en Europa como en América Latina. En Alemania, Bélgica y España, por ejemplo, cuando no eran ilegalizados, los partidos socialistas participaban regularmente de las elecciones a la vez que organizaban grandes centrales obreras que se declaraban abiertamente anticapitalistas (Eley, 2003, pp. 64-84). Un ejemplo más cercano, el Partido Socialista de Argentina (PSA), congregó desde 1896 a un importante número de centros políticos obreros, base sobre la cual consiguió elegir en 1904 a Alfredo Palacios como el primer diputado socialista de América. Todos estos partidos integraban la IIª Internacional Socialista (fundada en 1889), organización transnacional que tenía como una de sus principales reivindicaciones la ampliación de los derechos políticos de los trabajadores. Era en este sentido que los socialistas chilenos se sentían también demócratas.

Aunque les incomodara, también podían sentirse demócratas de otra manera: la mayoría de los obreros que fundaron el POS habían militado anteriormente en el PD. Era este un linaje que les incomodaba, porque la fundación del partido supuso un quiebre orgánico e ideológico con su antigua tienda política. El primer indicio de la formación del POS fue una carta enviada a Iquique por un grupo de trabajadores salitreros que justificaba la creación del nuevo partido debido a que «el nombre de la Democracia lo han desmoralizado los dirigentes del Partido verificando actos que no coinciden con nuestras aspiraciones» (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 28 de mayo, 1912). Unas semanas después, la declaración definitiva de la separación señalaba que el «PD, en su acción durante toda su existencia, se ha unido a los partidos de la clase capitalista y enemigos del progreso de los trabajadores [...] mediante pactos comerciales», por ello, «en cada campaña electoral, el PD ha contribuido a consolidar el poder de la burguesía capitalista». Además, denunciaban que el PD «jamás se ha preocupado de organizar a los trabajadores para la defensa de sus

intereses económicos» (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 6 de junio, 1912). Con estos argumentos, los socialistas dedicaron buena parte de sus primeras acciones a desmarcarse de los demócratas. Como se trataba de trabajadores ilustrados y modernos, utilizaron la prensa y la agitación política para descalificar los fines y las acciones del PD. Ideológicamente, remarcaban la inexistencia en este partido de perspectiva clasista. Moralmente, le recriminaban sus prácticas reñidas con el modelo que los socialistas esperaban de las organizaciones obreras, como el consumo de alcohol, la venalidad y el patriotismo. Y, políticamente, rechazaban las alianzas entre los demócratas y los partidos oligárquicos, así como su participación en el cohecho.

Debido a que sus acciones se dirigían a ganar espacio en el movimiento obrero, los socialistas también rivalizaron con los anarquistas. El punto más controversial entre ambos era, precisamente, la política. Por considerarla una práctica autoritaria los anarquistas chilenos rechazaban la organización obrera en partidos políticos y, por extensión, la participación en las elecciones, por estimar que la acción parlamentaria no era más que una ficción que fortalecía la explotación capitalista (Grez, 2007). Los socialistas rivalizaban con ellos argumentando que el anarquismo no era más que un ideal utópico, debido a que no podían existir sociedades sin organización política. Y si bien compartían su aspiración de destruir el Estado capitalista y reemplazarlo por una organización social sin jerarquías, sostenían que ello se lograría luego de un largo tránsito y que, en consecuencia, debían utilizarse las herramientas de la democracia chilena ya fuera para instalar en el debate político las demandas obreras o para conseguir mejoras inmediatas para los trabajadores.

Al conjunto de estas discordias, que tenían la finalidad de instalar al POS en el espacio político, las he denominado en otro trabajo como «estrategia de diferenciación» (Navarro, 2017). Si bien esta estrategia no surgió desde un congreso programático o desde una discusión de sus principales dirigentes, en la práctica fue desarrollada por la totalidad de las secciones socialistas como una forma de configurar y establecer un espacio político propio.

98

El primer nivel de esta diferenciación (respecto a los demócratas y a los anarquistas) se produjo en el seno del movimiento obrero. El segundo nivel, tenía el propósito de disputar a los sectores dominantes el contenido y significado de la democracia y de la participación política de los trabajadores. Como es posible anticipar, la concepción de democracia de los socialistas se enfrentaba a la que circulaba en el resto de los partidos del régimen político chileno. Un par de años antes de fundar el POS, Luis Emilio Recabarren pronunció un discurso donde evaluaba negativamente los primeros cien años de Chile como república independiente, definiendo a la democracia chilena como un sistema político excluyente. Según su punto de vista, quienes sufrían mayormente esta exclusión eran las «clases populares», las que vivían «todavía esclavas, encadenadas en el orden económico, con la cadena del salario» y «en el orden político, con la cadena del cohecho, del fraude y la intervención, que anula toda acción, toda expresión popular». Recabarren culpaba de esta situación a la burguesía: «¡Ella es la que ha degradado al pueblo! ¡Ella la que lo ha corrompido políticamente! Ella la que ha destrozado su dignidad ciudadana y ha envilecido la soberanía. Ella ha sido la fundadora del comercio electoral y la que ha inducido al pueblo a este miserable comercio» (Recabarren, 2010, pp. 38-41).

La concepción de que la sociedad capitalista estaba dividida en dos clases antagónicas –burguesía y proletariado– y que su enfrentamiento daba lugar a la lucha de clases fue la que condujo a la formación del POS en 1912, pues a diferencia de las luchas que libraron los artesanos de fines del siglo XIX y que dieron forma al «liberalismo popular» del que los demócratas se sentían herederos (Grez, 1998), los socialistas no fundaban sus objetivos exclusivamente en la ampliación de los derechos políticos. Quienes abandonaron la militancia demócrata en 1912, consideraban que ese partido había adoptado la forma de hacer política del parlamentarismo, desatendiendo con ello la preocupación por las condiciones materiales de los trabajadores: «Nuestro ideal, la completa transformación de la sociedad

capitalista en colectiva o común. [...] [Desde ahora] en adelante no nos arrastrará a la lucha el caudillaje político [...] Y si resolvemos apartarnos de caudillos y capitanes y guiarnos [...] con sincera conciencia, triunfaremos en nuestro ideal cumpliendo las palabras del maestro: *La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos* (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 20 de abril, 1912. Énfasis en el original). Como sucedió en otros lugares, la influencia del marxismo fue fundamental para adoptar esta posición⁵. Así, sobre la base de la lectura clasista de la sociedad, el PD era un partido del siglo XIX y el POS uno del siglo XX. Uno perseguía la emancipación «popular» y el otro la emancipación del «proletariado». En otras palabras, para los socialistas de la segunda década del siglo XX «pueblo» no era sinónimo de «obrero»⁶.

Esta distinción es significativa, pues, el diagnóstico de los socialistas sobre la realidad política chilena sostenía que hasta la creación de su partido no existían representantes genuinos de la clase obrera, de ahí su definición del sistema político como oligárquico e ilegítimo. Desde comienzos del siglo XX, la politización de las condiciones materiales de los sectores populares había transformado a la «cuestión social» en un tema de relevancia pública en el que participó el conjunto del horizonte político⁷. Por lo tanto, la irrupción de los obreros no se realizó sólo como un agregado en los discursos de los políticos, sino que se hizo sobre la base del reconocimiento de las deplorables condiciones de los trabajadores urbanos y mineros. Puede entenderse la irrupción del POS en 1912 como un efecto de este proceso, y, posterior a esa fecha, como el factor catalizador de la trascendencia política que alcanzaron los trabajadores durante el siglo XX.

Como señalé, el POS era un partido predominantemente obrero. En este punto se diferenciaba de otros partidos socialistas que integraban la IIª Internacional, como el Partido Social Demócrata alemán y el PSA. Este último había sido organizado a fines del siglo XIX por el médico Juan B. Justo como un partido de ideas avanzadas que perseguía el mejoramiento de las condiciones de los obreros mediante modificaciones legales, pero que no promovía la organización sindical. Consecuente con esta orientación, Justo enfocó la acción de los socialistas en la lucha electoral y, por ello, privilegió la organización de los obreros en barrios y no en gremios. Se trataba de un partido que invocaba a los obreros, pero que no promovía la lucha en los lugares de trabajo. Esta posición hizo crisis en 1918, cuando el ala izquierdista y obrerista abandonó el PSA fundando el Partido Socialista Internacional, que dos años más tarde cambió su nombre a Partido Comunista⁸.

Al contrario de sus pares argentinos, la militancia socialista estaba compuesta casi exclusivamente por obreros. En Tarapacá y Antofagasta, a una mayoría de obreros salitreros se sumaban pescadores, ferroviarios, portuarios, carreteros, panaderos y tipógrafos, oficio este último de su principal dirigente, Luis E. Recabarren (Pinto y Valdivia, 2001; Pinto, 2013). En Valparaíso y Santiago militaban ferroviarios, tranviarios, pintores, carpinteros, cigarreras/os, zapateras/os, fosforeras/os, obreras textiles, azucareros, cementeros y, luego de 1920, campesinos⁹. El carácter obrero de los militantes socialistas-comunistas fue

5 Sobre el papel del marxismo en el pensamiento de Recabarren, véase Massardo, 2008, pp. 211-245. Para este fenómeno en el socialismo inglés y argentino, véase Bevir, 2000 y Tarcus, 2013, respectivamente.

6 Polemizando con la datación del «origen» de la clase obrera británica de E. P. Thompson, Eric Hobsbawm plantea esta distinción en su artículo «La formación de la clase obrera, 1870-1914» (1987, pp. 238-263).

7 Sobre la politización de la «cuestión social», véase Pinto, 1998, pp. 251-312. Sobre las visiones críticas de los intelectuales de la época del centenario, véase Gazmuri, 2001. Para una visión con mayor amplitud histórica sobre el fenómeno de la «cuestión social», véase Grez, 1995.

8 Las controversias entre los socialistas argentinos proclives a la orientación «política» y quienes defendían la preeminencia de la organización sindical llegaron a su punto límite cuando los parlamentarios socialistas votaron a favor de la declaración de guerra a Alemania. Es por esto que el ala izquierda utilizó el adjetivo «internacional» para nombrar a su nuevo partido (Camarero, 2015). Para más antecedentes del PSA, véanse Camarero y Herrera, 2005 y Tarcus, 2013. Sobre los comunistas argentinos, véase Camarero, 2007.

9 Estos son los gremios donde los socialistas lograron una sostenida influencia, formando sindicatos y dirigiendo huelgas. Esta información fue obtenida de la revisión de los siguientes periódicos: *La Razón*, Santiago, 1912-1914; *La Voz Socialista*, Santiago,

comúnmente resaltado por sus medios de prensa, enfatizando también en la formación autodidacta de sus dirigentes. Luego del triunfo comunista en la elección de 1925, una nota titulada «Los hijos del esfuerzo» se enorgullecía de que todos sus parlamentarios electos fueran de extracción obrera: «Todos sin excepción se deben lo que son a sí mismos y de ello están orgullosos porque tendrán ocasión de demostrar a la burguesía que, a pesar de haber carecido de los medios necesarios para instruirse, su capacidad es sin lugar a duda buena y correcta» (*El Comunista*, Antofagasta, 19 de diciembre, 1925).

Esta característica permitió que la participación política y sindical no entrara en contradicción con los fines y acciones del partido, como sucedía en el PSA. Los obreros socialistas chilenos se organizaban a nivel gremial y barrial, para cubrir los objetivos sindicales y políticos al mismo tiempo. Esta forma de militancia se expresa en el llamado a la acción de un socialista antofagastino ante la inminente apertura de los registros para las elecciones parlamentarias de 1921: «Los socialistas, especialmente, deben ser incansables en conversarles a sus compañeros de trabajo de la necesidad de prepararse para hacer del derecho de voto el arma más formidable utilizada en nuestro provecho» (*El Socialista*, Antofagasta, 8 de octubre, 1920). Consecuentemente a sus pretensiones, cada sección contaba con un Comité Electoral que se encargaba exclusivamente de la inscripción y del control del cohecho en los días de elecciones. Esta disposición orgánica les permitía ganar espacios en los gremios ya organizados, lo que a su vez producía conflictos con obreros de otras orientaciones ideológicas, especialmente con los anarquistas (Navarro, 2017, pp. 76-89). Los mutualistas también criticaron ampliamente a los socialistas por llevar la política a las organizaciones obreras. Aunque desde posturas ideológicas diferentes, anarquistas y mutualistas coincidían con la opinión del conjunto de los «partidos históricos» (conservadores, liberales, balmacedistas, radicales y demócratas) que resaltaban lo pernicioso de la politización obrera que lideraba el POS.

La preocupación sobre el despliegue de los socialistas entre los trabajadores se extendió a todo el arco ideológico del régimen político. En 1921, buena parte de la Convención del Partido Conservador trató sobre el problema obrero y lo perjudicial de las acciones del POS. Uno de los conferencistas señalaba que en Santiago se hacía «propaganda socialista casi sin contrapeso», debido a lo cual el «pueblo lee poco los grandes diarios y los lee con prevención suspicaz, porque los considera portavoces de la burguesía y de lo que llama el capitalismo» (Partido Conservador, 1921, p. 99). Este pesimista diagnóstico hacía referencia a la circulación de periódicos como *La Federación Obrera* (1921-1924), que desde agosto de aquel año el POS publicaba en la capital convirtiéndose en el principal órgano de propaganda del partido y de la Federación Obrera de Chile (FOCh). Este periódico fue el primero que el partido pudo mantener con regularidad en Santiago¹⁰, permitiéndole posicionarse en el centro del debate político del país y aumentar la resonancia pública de sus propuestas y acciones. *La Federación Obrera* se vio beneficiada por casi una década de experiencia del POS en el campo de la prensa obrera¹¹ y también por una densa red asociativa al alero del partido y la FOCh.

La inquietud de la Convención del Partido Conservador sobre la penetración del socialismo entre los trabajadores no se reducía a la circulación de sus periódicos, los que desde

1913; *Acción Obrera*, Santiago, 1916; *La Bandera Roja*, Santiago, 1919; *La Federación Obrera*, Santiago, 1921-1922; *La Defensa Obrera*, Valparaíso, 1913-1915; *El Socialista*, Valparaíso, 1915-1918; *La Comuna*, Viña del Mar, 1919-1921. Sobre el desarrollo del socialismo en el movimiento obrero de Valparaíso y Santiago, véase Navarro, 2017, pp. 61-96 y 117-162, respectivamente. Para un estudio de las acciones socialistas respecto a la sindicalización campesina en la década del veinte, véase Navarro, 2019.

10 Desde su fundación en 1913, la sección socialista de Santiago enfrentó grandes dificultades para funcionar, debido a los constantes conflictos entre sus militantes. Es por ello que no pudo sostener en el tiempo la publicación de un periódico. Previo a *La Federación Obrera* publicaron por breves períodos *La Voz Socialista* (1913), *Acción Obrera* (1916) y *La Bandera Roja* (1919). Sobre el POS en la capital entre 1912 y 1916, véase Navarro, 2017, pp. 117-162.

11 Los periódicos socialistas más relevantes son *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique, 1912-1926), *El Socialista* (Antofagasta, 1916-1922), *El Comunista* (Antofagasta, 1922-1926, ex *El Socialista*), *Justicia* (Santiago, 1924-1927, ex *La Federación Obrera*), *La Defensa Obrera* (Valparaíso, 1913-1915), *El Socialista* (Valparaíso, 1915-1918), *La Vanguardia* (Valparaíso, 1919-1920), *La Comuna* (Viña del Mar, 1919-1921), *La Jornada Comunista* (Valdivia, 1922-1926) y *El Socialista* (Punta Arenas, 1913-1918). Para más información de la prensa obrera del periodo, véase Arias, 2009.

1919 ya venían siendo sistemáticamente objeto de represión y censura (Donoso, 2016). El último tercio de la década de 1910 estuvo marcado por una serie de hechos que pusieron en el centro del debate público las reivindicaciones obreras. En 1918 comenzó un ciclo de crisis económicas que derivó en un explosivo aumento de la cesantía y de los precios de los productos básicos y de los arriendos. Para enfrentar este contexto, los socialistas ayudaron a organizar la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN) que reunió a cientos de miles de obreros a lo largo del país (DeShazo, 2007, pp. 231-238; Salazar, 2009, pp. 40-51; Grez, 2011, pp. 91-101) y tuvo como contraparte una fuerte represión hacia el movimiento obrero (Pinto, 2007; Álvarez, 2016; Valdivia, 2016; Craib, 2017). Sumado a todo lo anterior, en 1917 el POS había conseguido modificar los estatutos de la organización de los ferroviarios (Gran Federación Obrera de Chile) para permitir el ingreso de trabajadores de distintos gremios, transformando con ello su carácter sectorial y mutualista. La influencia que los socialistas alcanzaron en la FOCh se hizo más clara hacia 1919, cuando se convirtió en una central sindical de alcance nacional con perspectiva anticapitalista (Grez, 2011, pp. 81-88; Pinto, 2013, pp. 171-187).

Este movimiento de masas «por abajo» tuvo su correlato de politización «por arriba». Arturo Alessandri fue quien con mayor convicción intentó conectar la política oligárquica con las aspiraciones populares. En 1915 Alessandri invocó la participación electoral de los trabajadores a través de un discurso en clave populista, sin dejar de lado las prácticas que caracterizaban al régimen político como el cohecho y la violencia. Gracias a esto, venció al balmacedismo tarapaqueño y logró un cupo en el Senado. Su vinculación con las masas fue mucho más clara en la campaña presidencial de 1920, cuando consiguió un estrecho triunfo sobre el candidato conservador Luis Barros Borgoño (Valdivia, 1999). A la espera de la ratificación de su victoria en las elecciones presidenciales, Alessandri se volcó a una intensa gira de agitación política para demostrar al conjunto de los actores políticos su capacidad de movilización. Para ello, su equipo organizó banquetes privados con los representantes locales del poder económico y político. Además, sumó grandes manifestaciones populares dirigiéndose a los concurrentes con un discurso que realzaba el papel que debían jugar las organizaciones obreras y las virtudes de la democratización. En Copiapó, Alessandri desplegó su discurso de conciliación social señalando que «su ideal era que el más modesto representante de la democracia pudiera elevarse sin hacer descender al de arriba» (*El Mercurio*, Santiago, 9 de noviembre de 1920). Unas semanas después asistió en Antofagasta a un mitin al que concurrieron más de diez mil personas y escuchó desde los balcones de la Intendencia los discursos de los oradores principales, que fueron militantes del POS y la FOCh (*El Mercurio*, Santiago, 19 de noviembre de 1920). Con acciones de este tipo, Alessandri vinculaba la legitimidad del régimen político (y de su elección) al apoyo de los trabajadores.

En este contexto, el POS mantuvo una posición ambivalente: planteó su rechazo al candidato liberal por considerarlo un miembro de la oligarquía gobernante, pero reconoció el valor político que podía significar la concreción de su programa de reformas. Rápidamente el gobierno de Alessandri demostró los límites de su propuesta y los socialistas comenzaron una férrea campaña en su contra. Luego de la agitación campesina de 1920 propiciada por los socialistas, Alessandri dirigió una carta a los terratenientes agrupados en la Sociedad Nacional de Agricultura donde condenaba la acción de estos, a los que consideraba «elementos indeseables» y «sembradores de odio que entorpecen la campaña de concordia, de armonía y de amor que vengo predicando» (*El Agricultor*, Santiago, mayo de 1921). El POS respondió con una declaración pública en la que se leía: «nada ni nadie nos detendrá en nuestra obra de redención nacional. Llevaremos luz donde haya ignorancia. Nuestra propaganda será de amor, pero será de crítica mortal para los que, ciegos ante la realidad del presente, aún no quieren ver que el hombre ha nacido para una misión más elevada que la de ser esclavo de otros hombres». Y finalizaban con una abierta declaración de su posición política: «En todo lo que signifique restablecer la prosperidad de la nación estaremos a vuestro lado, pero siempre nos encontraréis a vuestra izquierda» (*La Comuna*, Viña del Mar, 21 de mayo, 1921).

Para el POS, la actitud del presidente demostraba tanto el peso político que habían adquirido los trabajadores como la imposibilidad de que los sectores dominantes produjeran un cambio positivo en sus condiciones. Además, su rechazo a Alessandri tenía como fundamento una concepción de democracia estrechamente vinculada al socialismo, posición que venía divulgando entre los trabajadores desde su fundación en 1912 y que a comienzos de la década de 1920 se expresaba en los logros que había conseguido en materia sindical y política, como la dirección y radicalización de la FOCh y la elección de sus primeros diputados en 1921: Luis Emilio Recabarren y Luis V. Cruz.

«LA DEMOCRACIA: ¿QUÉ ES Y CÓMO SE REALIZARÁ?»

El título de este apartado es una paráfrasis del conocido folleto *El Socialismo ¿Qué es y cómo se realizará?* escrito por Recabarren en 1912 e intenta expresar dos asuntos: el tipo de reflexión que era común entre los militantes del POS y la escasa atención prestada a una definición clara de democracia. Este texto ha sido considerado como uno de los primeros intentos por sistematizar la propuesta socialista, proyectándola políticamente y conectándola con la realidad internacional. Tal fue su importancia entre los socialistas, que en 1915 constituyó la base de la declaración de principios que emanó del primer congreso del partido (Pinto, 2013, pp. 150-151). A pesar de sus fortalezas, se trata de un escrito en que las definiciones teóricas son más bien limitadas y, como un producto de la IIª Internacional, los análisis históricos son mecanicistas. A lo largo del texto, el «socialismo» es tanto un principio ideológico, una teoría sociológica, un conjunto de medios políticos y una forma de vida. A pesar de estas indefiniciones, hay que ponderarlo de acuerdo con su contexto y a sus propósitos, pues fue pensado como un insumo ideológico de divulgación y de fácil acceso para los trabajadores.

102

Lo que sucede con este folleto es aplicable a la definición de democracia que manejaban los socialistas y, también, a la que circulaba en la opinión pública de la época. Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX no existía una definición clara de este concepto que fuera compartida por el conjunto de los actores políticos chilenos. A grandes rasgos se la identificaba con el régimen republicano y como el opuesto de la autocracia presidencial, lo que tampoco significaba horizontalidad de derechos sociales y políticos (Casals, 2017). Esta indefinición se aprecia igualmente entre los socialistas. Volviendo al texto de Recabarren, la «democracia» aparece allí tanto como adjetivo del Estado republicano, como lo contrario a despotismo y como un régimen político moderno. Lo que sí se puede extraer de la lectura de este escrito y de reflexiones similares en su prensa, es que los socialistas comprendían a la democracia como el régimen político de su época, es decir, como la manifestación histórica y política del capitalismo. Esto queda más claro aún con las reiteradas referencias al feudalismo como una etapa previa y con características todavía más restringidas de participación política que la democracia capitalista (por ejemplo, aludiendo al régimen al que se enfrentaron las revoluciones rusas de 1905 y 1917). En determinadas coyunturas, los socialistas utilizaban también la imagen del feudalismo para caracterizar al caciquismo balmacedista en Tarapacá, a la restricción de las libertades públicas y al poder de los terratenientes en el área rural. Este último tema tiene mayor presencia entre 1919-1924, periodo en que los socialistas de la zona central llevaron a cabo un activo proceso de movilización mediante la organización sindical y política de los trabajadores rurales (Navarro, 2019).

A las dificultades para encontrar una definición precisa de este término entre los socialistas hay que sumar una razón práctica: desde fines del siglo XIX «democracia» era también el término para referirse al PD. En el marco de la estrategia de diferenciación de los socialistas respecto de los demócratas, la evocación de dicha palabra estaba cargada de todos los aspectos que constantemente rechazaban en su prensa. Así, en el ámbito de los obreros organizados, «democracia» podía no ser más que una manera para referirse a los demócratas y, por lo tanto, su utilización no hacía alusión ni a la democratización ni a las

acciones políticas a favor de los sectores populares. En este sentido, la democracia podía ser considerada también por los socialistas como una de las manifestaciones de la forma de hacer política de los «partidos históricos».

La definición de democracia que manejaba el POS estaba en sintonía con el ambiente ideológico del cual se nutría este partido y gran parte del movimiento socialista internacional: el marxismo. Al interior de este campo intelectual la democracia no fue uno de los tópicos preferentes de análisis, a diferencia de lo realizado tanto por Marx y Engels como por sus seguidores respecto a las bases materiales del capitalismo. Coherente con esta forma de pensar el desarrollo histórico de las sociedades, la democracia (comprendida a grandes rasgos como administración burocrática del Estado y sufragio universal) era considerada por los marxistas de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX como la forma política óptima para el desenvolvimiento de las relaciones de producción capitalista y, en consecuencia, como la expresión política de los intereses burgueses (Moore, 1997, pp. 69-93). Esta caracterización negativa, sin embargo, no condujo a una propuesta alternativa. Es más, cuando el marxismo se convirtió en la base teórica de los partidos socialistas europeos, la democracia burguesa fue aceptada como el escenario donde debía desarrollarse la política del movimiento obrero. El Partido Social Demócrata alemán fue la expresión más acabada de esta concepción que, siguiendo los lineamientos de Karl Kautsky sobre la «espera revolucionaria», afirmaba que los marxistas debían participar de las democracias parlamentarias presionando por reformas que favorecieran a los trabajadores, mientras aguardaban que se cumplieran determinadas condiciones económicas que permitirían la caída del capitalismo (Priestland, 2010, p. 71). Este tipo de comprensión fue dominante hasta el inicio de la Gran Guerra y comenzó a modificarse con el triunfo bolchevique de 1917, cuando la acción revolucionaria demostró empíricamente que la transición entre capitalismo y socialismo podía ser más breve de lo que se pensaba hasta ese momento.

Los socialistas chilenos no escaparon a esta forma de entender la política y la democracia. Una de sus consecuencias fue la valoración positiva de los cargos de representación (municipales o legislativos). Por ejemplo, los candidatos socialistas de Valparaíso y Viña del Mar sostenían en 1918 que era necesario reafirmar legislativamente las conquistas obtenidas en materia laboral, es decir, reforzar legalmente los logros sindicales (*El Socialista*, Valparaíso, 23 de febrero, 1918). Por su parte, los socialistas de Antofagasta explicitaban que su propuesta era aplicar «GRADUALMENTE, a medida del desarrollo general de la civilización, los puntos de su programa», manifestando que la realidad del país le exigía al POS «ser al mismo tiempo reformista y revolucionario» (*El Socialista*, Antofagasta, 2 de febrero, 1918. Énfasis en el original).

En esta forma de comprender la acción política no había contradicciones entre socialismo y democracia, es más, ambas se complementaban en la idea de que el primero era una profundización de la segunda. Esta fue la noción más extendida entre los socialistas. Una síntesis representativa de ella, son las palabras del obrero, dirigente cigarrero, poeta y autor del «Canto a la pampa» Francisco Pezoa, que en 1918 -cuando se desempeñaba como redactor de *El Socialista* de Antofagasta- señalaba: «Democracia y socialismo no son cosas enteramente distintas. Son diferentes, pero no opuestos. Y son susceptibles de combinarse en un régimen político-económico perfeccionado». Para ello, consideraba imprescindible el socialismo, puesto que la «democracia, régimen político de gobierno, no resuelve el problema social, ni siquiera lo plantea». Por lo tanto, declaraba que la aspiración del POS era la abolición del capitalismo y la instauración de un «régimen de cooperación en beneficio de todos, lo que significa la extirpación de la miseria, de la ignorancia y de la desigualdad social». De lo anterior se derivaba la «conjunción lógica» entre democracia y socialismo: «Y como este régimen de igualdad social práctica [y] económica no puede existir sino dentro de una forma política igualitaria, tendremos que concluir que el régimen político «democrático» es el único compatible con un régimen económico «colectivista» [socialista]» (*El Socialista*, Antofagasta, 7 de

febrero, 1918). Un concepto similar expresaba un artículo del periódico socialista porteño *La Vanguardia* de 1919: «La única verdadera democracia es la que puede surgir de una organización que no registre diferencias económicas; sólo puede existir en pueblos que por sus fundamentos materiales haga a los hombres solidarios» (Valparaíso, 8 de noviembre, 1919). Como veremos en el siguiente apartado, esta noción de democracia como la «forma política igualitaria» era la que movilizaba a los socialistas en cada elección y, paradójicamente, la misma que anatemizaban tras cada derrota.

La Revolución Rusa de 1917 remeció el ambiente político chileno y amplió el horizonte revolucionario de los socialistas locales, quienes leyeron estos acontecimientos como la prueba empírica de la derrota del capitalismo y de la ampliación democrática. Sin embargo, la revolución bolchevique no modificó las bases de la acción política del POS. Lo que sí hizo fue ampliar el sentido de la democracia, pues los socialistas chilenos interpretaron las acciones de los bolcheviques como la realización de sus aspiraciones de igualdad social y política. Desde ese momento, el régimen que se construía en Rusia fue considerado como la «verdadera democracia» y un ejemplo de que la organización política y económica podía transitar hacia el igualitarismo (Lillo, 2008). Asimismo, el POS se arrogó el título del único partido democrático en el régimen político, en una reafirmación de la postura que sostenía desde su fundación.

Desde 1918 el partido comenzó a conmemorar cada 7 de noviembre el triunfo bolchevique, celebración que año tras año fue reuniendo a más obreros en las principales ciudades del país. En paralelo, el miedo a la «amenaza roja» fue creciendo entre los sectores dominantes y la democracia comenzó a ganar terreno en la discusión política contingente (Casals, 2016, pp. 79-92). El lenguaje de los socialistas se modificó y en su prensa la democracia chilena pasó a ser calificada como «burguesa», en contraposición a la democracia «comunista» que forjaban los bolcheviques. Como una manifestación de que este discurso ganaba terreno entre los obreros organizados, el diario conservador penquista *La Unión Católica* dedicó buena parte de sus números (1920-1925) a rebatir el carácter democrático que divulgaban los socialistas. En ellos se los calificaba, entre otros epítetos, como «demagogos» que propagaban «falsas doctrinas sobre la democracia», apoyados en una idea de igualdad que situaba «al pobre contra el rico, despertando en el corazón de las multitudes odios profundos que amenazan constantemente a la sociedad» (*La Unión Católica*, Concepción, 15 de noviembre, 1920). En cada número, los redactores de este periódico explicaban a los obreros católicos cuál era el «verdadero sentido» de la democracia, llamando a su movilización política y descalificando a los socialistas. Este órgano de prensa apoyaba sus comentarios en la línea de la democracia cristiana, una ideología con tintes corporativistas que defendía el rol social de la autoridad, la convivencia armónica de las clases sociales y el mejoramiento de la condición de los trabajadores bajo la máxima de «hacer propietario al proletario»¹². Los conservadores intentaron llevar estos debates al terreno organizacional y para disputar el apoyo hacia los comunistas crearon a fines de 1922 un efímero Partido Popular, que fue calificado por el PCCh como expresión de una «Democracia *ad-hoc*» que miraba «más al cielo que a la tierra y que en materia de progresos sociales no divisa más allá que cualquiera de las sociedades de socorros mutuos que aún vegetan escondidas bajo el látigo del mayoral» (*La Federación Obrera*, Santiago, 28 de diciembre, 1922).

Como he señalado, para los socialistas la democracia no se restringía a la arena política. En sus diversas iniciativas intentaban llevar a la práctica su ideal de igualdad y justicia social. Un ejemplo de aquello es la organización interna del partido, basada en asambleas de militantes donde se elegían tanto los cargos directivos como los candidatos para cada elección. En estas instancias las mujeres socialistas tenían derecho a voz y voto como cual-

12 Para un ejemplo de esta definición, véase Partido Conservador, 1921, pp. 97-103.

quier militante y muchas veces fueron elegidas en importantes puestos, como sucedió con la elección de Teresa Flores para conformar la Junta Provincial de Santiago de la FOCh en 1922 con la primera mayoría (*La Federación Obrera*, Santiago, 10 de octubre, 1922). El partido no adoptó la estructura celular sino hasta el proceso de bolchevización de fines de la década de 1920 (Ulianova, 2005; Urtubia, 2016; Álvarez, 2017), por lo que la mayoría de las materias importantes se discutían en convenciones programáticas, como el ingreso a la IIIª Internacional y el cambio de nombre a PCCh aprobados en los congresos de 1920 y 1921, respectivamente.

Otro ámbito donde el POS puso en práctica su concepción de democracia fue en el espacio laboral. Las cooperativas fueron la forma privilegiada por los socialistas para organizar sus iniciativas empresariales, debido al carácter autónomo e igualitario que buscaban imprimirle. A lo largo del país crearon cooperativas de consumo, de elaboración de pan, de fabricación de cigarrillos, teatrales, agrícolas, de choferes, de construcción, entre otras. Las más duraderas y con mejores resultados fueron las cooperativas tipográficas dedicadas a la impresión de folletos y libros y encargadas de la publicación de la prensa partidista. Por funcionar con trabajadores remunerados, estas cooperativas se enfrentaban también con los conflictos propios del lugar de trabajo, como sucedió en 1925 cuando los obreros de la cooperativa a cargo de la publicación de *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique demandaron mejoras salariales. Para demostrar coherencia con su discurso, la administración de la cooperativa comunista accedió inmediatamente a la demanda salarial, señalando que lo limitado de la solicitud de los trabajadores era también una demostración de su «conciencia adquirida en la organización y el cariño a esta y a su diario» (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 7 de mayo, 1925).

Por último, un medio donde también es posible apreciar la impronta democrática de los socialistas-comunistas lo constituye la narrativa militante. Estas historias de vida, publicadas por el PCCh en la segunda mitad del siglo XX, fueron pensadas como un artefacto literario y político. En estos libros, la sucesión de hechos funciona como articuladora de un discurso que realza el papel de la politización y el cambio de vida que significa para sus protagonistas la militancia en el partido. La lucha por la democratización (es decir, la lucha por la distribución igualitaria de los recursos materiales, el mejoramiento de las condiciones laborales y la ampliación de los espacios de participación política) es la característica que vincula estas historias y en todas ellas los dirigentes socialistas-comunistas son presentados como los verdaderos demócratas del siglo XX¹³. El ejemplo más característico es la autobiografía de Elías Lafertte (1971), cuya historia como militante comienza en 1912 y está plagada de persecuciones, extrañamientos y encarcelamientos motivadas por su actuación en las luchas sindicales y políticas. La lucha por la democratización de los socialistas-comunistas del primer cuarto del siglo XX fue también empleada en el sentido de la tradición en distintas ocasiones como, por ejemplo, a fines de la década de 1980 cuando el PCCh utilizó la historia del POS y la imagen de Recabarren en particular para reafirmar su compromiso con la democracia en los comienzos de la postdictadura y en un contexto de un anticomunismo transversal al sistema político (Navarro, 2017a).

EL POS Y LAS ELECCIONES

Las prácticas fraudulentas fueron una característica que distinguió a las elecciones chilenas del periodo, fenómeno que ha sido interpretado por una parte de la historiografía como una forma más de competencia por los votos¹⁴. A pesar del dinamismo que el fraude imprimía a las elecciones, fue común que los actores políticos de la época reaccionaran

13 Me refiero aquí a los siguientes libros: Varas, 1998 y 2010; Lafertte, 1971; Corvalán, 1971; y Contreras, s/f.

14 Sobre las prácticas fraudulentas como elemento central del sistema político chileno de fines del siglo XIX y de la primera mitad del XX, véase Ponce de León, 2017. La idea de que el cohecho fue un elemento dinamizador del ambiente político de principios del siglo XX, en Valenzuela, 1995 y Stabili, 1991.

negativamente a este tipo de prácticas. En 1912, el foco crítico estuvo puesto en las elecciones municipales de Santiago y su posterior anulación por irregularidades en la inscripción electoral, hecho que motivó una movilización ciudadana que incluyó desde la creación de una Junta de Reforma Municipal hasta la protesta callejera de los sectores populares. Atenta a la contingencia política, la revista *Zig-Zag* señalaba que lo sucedido en esas elecciones era «el resultado de una larga era de abusos que colmó la medida de la paciencia pública» (Santiago, 18 de mayo, 1912). Este escenario fue favorable para que las críticas de los socialistas a la corrupción electoral tuvieran buena acogida entre los electores santiaguinos. Apoyado en este diagnóstico, el POS levantó la candidatura del obrero pintor Manuel Hidalgo, electo como regidor en marzo de 1913 con casi cinco mil votos. Este triunfo fue recibido por una parte de los sectores dominantes como una demostración de civismo y de amplitud democrática, como lo demuestra la nota que publicó la revista *Sucesos* con motivo de la elección de Hidalgo: «¡Y bien: si el Partido Socialista nos trajera la savia renovadora [...] de nuevos hombres sin las claudicaciones ni los apetitos de los demás hombres; que fuera bienvenido [...]! ¡Si viniera a dar lecciones de civismo, de pureza, de fe en un ideal, frente a frente de los llamados «Partidos Históricos», deberíamos abrirle paso, si no triunfal, simpáticamente!» (Valparaíso, 10 de abril, 1913).

A pesar de este logro señero, las elecciones fueron contextos adversos para los socialistas, ya que sólo en contadas ocasiones consiguieron elegir a sus candidatos. En las elecciones parlamentarias de 1915 –las primeras que afrontó el partido– no triunfó ninguno de sus candidatos. En las municipales de ese año obtuvieron mejores resultados al elegir a ocho de sus candidatos a regidores, todos en la zona salitrera. El triunfo más significativo fue el de Pedro J. Sandoval como regidor de Iquique, cargo que un mes después le fue arrebatado producto de las maniobras de los balmacedistas (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 13 de abril y 4 de mayo, 1915). Tres años después se repitió una situación similar, perjudicando al tipógrafo e histórico dirigente comunista Elías Lafertte que sufrió el robo de votos en varias mesas (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 16 de abril, 1918). En Antofagasta, ese mismo año el afectado fue el obrero salitrero Silvestre Segovia, quien tras obtener el octavo lugar de nueve puestos elegibles perdió la elección debido a la intervención de los radicales locales que lo desplazaron hasta la décima posición (*El Socialista*, Antofagasta, 2 y 18 de abril, 1918). Los poderes locales utilizaban diversas artimañas para entorpecer el despliegue electoral de los candidatos socialistas, como las trabas para la inscripción de los obreros en los registros electorales, la instalación de las mesas en locales cerrados, el desalojo de los apoderados por parte del ejército y la policía o la suspensión de los medios de transportes, que en zonas aisladas como la pampa salitrera impedía el acceso de los trabajadores a los puertos donde se encontraban las mesas de votación (Lafertte, 1971, pp. 110-112).

Otro mecanismo ampliamente utilizado para ganar elecciones fue el dinero. El testimonio de Elías Lafertte, apoderado del POS para las elecciones senatoriales por Tarapacá de 1915, da cuenta de su uso político: «Por la mañana, las secretarías de Arturo del Río ofrecían cínicamente diez pesos por el voto. El comando alessandrista [...] ofreció veinte pesos. Del Río, alarmado cuando vio que muchos votos le iban a engrosar el efectivo electoral de su gran enemigo, subió a treinta pesos sus ofertas y, en un asqueroso remate en que lo subastado era la dignidad del hombre, los alessandristas ofrecieron cuarenta y cincuenta pesos. Del Río no pudo seguirlos en esta competencia» (1971, p. 111). Ni siquiera las intensas campañas de los socialistas abogando por elecciones limpias lograban disminuir su influencia entre la clase obrera. Por ello, en cada elección apelaban a la fortaleza moral de su causa: «No es el dinero el que necesitamos los socialistas para triunfar, sólo necesitamos la conciencia de los productores, eso vale más que todo el oro del mundo y en eso confiamos» (*La Chispa*, Talcahuano, 27 de marzo, 1921).

Otra de las fórmulas que utilizaron para contrarrestar el fraude electoral fue la publicación de artículos en su extensa red de prensa que denunciaban las prácticas en que in-

currían los demás partidos¹⁵. Una editorial de *El Despertar de los Trabajadores* luego de las elecciones de 1924 señalaba: «La ley electoral, entregada en manos de hombres corrompidos, [...] ha sido abandonada en absoluto, reemplazándose por las formas arbitrarias que mejor gustan [...] a los partidos burgueses de gobierno» (Iquique, 14 de abril, 1924). Similar apreciación exponía el órgano oficial del PCCh, *Justicia*, al evaluar el efecto de este tipo de prácticas: «La consigna de autoridades y partidos era la de hacer el vacío a los elementos comunistas, de cerrarles el paso, de exterminarlos, aunque para conseguir tales resultados fuese necesario apelar a los más infames procedimientos, a la más vergonzosa violación de las leyes morales y escritas. El resultado de estos abusos vergonzosos lo conocen todos los obreros. Ninguno de los candidatos comunistas resultó elegido, porque así lo dispusieron el Gobierno y los capitalistas» (Santiago, 23 de diciembre, 1925).

Para contrarrestar el efecto del cohecho, el POS también formó parte de instancias que iban más allá del mundo obrero, como los comités multipartidistas en contra del fraude electoral. En las elecciones municipales de 1913 en Santiago, uno de estos comités fue presidido por el reconocido marino Arturo Fernández Vial (*El Mercurio*, Santiago, 27 de marzo, 1913) y su labor contribuyó significativamente al éxito de la candidatura de Manuel Hidalgo. Además, en el contexto eleccionario fue común la participación de las «Guardias Rojas», nombre con el que fueron conocidos los grupos anti-cohecho compuestos en su mayoría por obreras que custodiaban los locales de votación persiguiendo e insultando a quienes sorprendían vendiendo su voto. En 1915, decenas de mujeres socialistas recorrieron las calles de Iquique llamando a votar por los candidatos obreros mientras soportaban los insultos de los votantes de otros partidos (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 9 de marzo, 1915). Era común que las «Guardias Rojas» enfrentaran acciones violentas, como sucedió en 1921 en la elección municipal de Viña del Mar, cuando un conocido acarreador de votos amenazó con un revólver a las obreras que lo perseguían. En esa ocasión, las socialistas defendían las papeletas del zapatero Ramón Sepúlveda Leal, finalmente elegido regidor con más de mil quinientos votos (*La Comuna*, Viña del Mar, 16 de abril, 1921)¹⁶.

107

No sólo represión «activa» hubo en las elecciones, también se aplicaron tanto en el espacio urbano como rural otro tipo de medidas que restringían el carácter teóricamente libre del voto. Por ejemplo, los socialistas denunciaron en 1920 que una de las cláusulas de la venta de la Hacienda «Panquehue» (Llay-Llay) establecía como condición para consumir el negocio que los trabajadores votaran por el candidato conservador (*La Comuna*, Viña del Mar, 29 de mayo, 1920). Aún más representativo de la influencia socialista, y también de las acciones de los terratenientes que coartaban la libertad política, fue la huelga de los trabajadores del Fundo «Concón Bajo» en agosto de 1921, que tenía como una de sus reivindicaciones el reconocimiento del «derecho a asociarse como ciudadanos de una República libre y democrática», en otras palabras, el derecho a votar sin la coacción patronal (*La Federación Obrera*, Santiago, 27 de agosto, 1921). Asimismo, en las elecciones de abril de aquel año, la FOCh denunció que el administrador de un fundo en La Calera había despedido a los trabajadores que no votaron por su candidato (*La Nación*, Santiago, 14 de abril, 1921). Desde 1919, el POS impulsó la politización campesina en esta zona, articulando con éxito las reivindicaciones económicas y políticas de los trabajadores rurales. Los socialistas desarrollaron múltiples acciones con la finalidad de instruir política y electoralmente a los campesinos, como conferencias públicas sobre la relación entre democracia y socialismo, jornadas de alfabetización, veladas artísticas, distribución de folletos y la construcción de

15 En periodos de elecciones los socialistas dedicaron un importante espacio de su prensa a la crítica del cohecho, que además de artículos periodísticos incluía canciones, cuentos y poesías. Sería imposible dar cuenta en este trabajo de todo este material. Para un análisis de las características y las representaciones sobre el cohecho y los cohechados en las elecciones de 1915, véase Navarro, 2017, pp. 104-115.

16 Sobre las características de la politización femenina impulsada por el POS en este periodo, véase Navarro, 2016. Para un estudio de la labor política de Ramón Sepúlveda Leal como regidor de Viña del Mar, véase Rifo, 2018.

locales del partido. La evidencia de que a través de este formato era posible conseguir la politización de los campesinos, fueron los resultados de las elecciones de 1921 en El Melón: la victoria de sus tres candidatos a regidores y la derrota de importantes terratenientes locales (Navarro, 2019, pp. 25-26).

Las elecciones de 1921 fueron particularmente violentas y fraudulentas, debido a la manipulación de los registros y de los votos que realizó la Alianza Liberal apoyada en la plataforma que le proporcionaba el aparato gubernamental. En Curanilahue, tras los reclamos de los trabajadores por la compra de votos, los empresarios carboníferos respondieron denunciando la supuesta creación de un «soviet», por lo cual solicitaron el encarcelamiento de los cuatro candidatos de la FOCh que habían resultado ganadores. En el momento en que se producía uno de estos arrestos y luego de que los trabajadores intentaran liberar al dirigente fochista, las tropas del ejército abrieron fuego asesinando a cuatro obreros (*La Nación*, Santiago, 15 y 16 de abril, 1921). Este tipo de incidentes se repitió en 1924, cuando el gasfiter Carlos Flores –candidato comunista a diputado por Quillota– defendió con revolver en mano las arremetidas de quienes intentaban destruir los votos de su mesa y agredían a las mujeres de las «Guardias Rojas». A pesar de esta reacción, los comunistas perdieron esa elección (*La Federación Obrera*, Santiago, 7 de abril, 1924).

Hacia 1924, la represión institucionalizada desde 1918 en contra del movimiento obrero, el aumento de la violencia en época de elecciones y el giro conservador de Alessandri, llevaron a los comunistas a reaccionar ante las agresiones y a cuestionar la factibilidad de la participación electoral. Más de una década participando en elecciones que se caracterizaban por el fraude y la represión comenzó a desgastar su férrea postura contraria a la violencia. Sumado a lo anterior, la Revolución Rusa abrió una nueva dimensión en su imaginario político, que a mediados de la década se plasmaba en su prensa en una recepción cada vez más clara de los conceptos y planteamientos bolcheviques. A pesar de que hasta 1927 el partido mantuvo su fisonomía orgánica y su estrategia política, la confianza en la participación electoral comenzó a ser objeto de críticas tras las elecciones de 1924, especialmente entre algunos dirigentes y militantes del norte salitrero. Ejemplo de aquello son las palabras de un dirigente iquiqueño que al evaluar las consecuencias del fraude en las elecciones señalaba: «los ciudadanos, desengañados de la eficacia de la ley electoral burguesa, la abandonan convencidos de que no es el medio legal el que puede procurarles el bienestar social y económico a que aspiran por medio de las actividades cívicas». Según el mismo artículo, la forma en que los sectores dominantes procedían en las votaciones deslegitimaba al sistema electoral, y por estas acciones, los ciudadanos eran «empujados a procurar el advenimiento de la revolución social como única manera de destruir el imperio de la corrupción burguesa» (*El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 14 de abril, 1924). Estas declaraciones expresan el impacto que tuvo entre los obreros organizados la represión estatal, el fraude electoral y el carácter violento de las elecciones en la década de 1920.

No obstante lo anterior, el rechazo de la violencia política y la participación en los canales institucionales siguió siendo el camino promovido por el PCCh. Los golpes militares de 1924 y 1925 fueron enfrentados por los comunistas de forma confusa. Amén a su antimilitarismo, criticaron la injerencia de las Fuerzas Armadas en política y, por otro lado, reconocieron la actuación de los militares al destrabar el conflicto al que había conducido el gobierno de Alessandri. De igual forma, mostraron cierta esperanza en el reformismo de la oficialidad golpista de enero de 1925. A pesar de esto, su estrategia no se modificó y no enunciaron ni promovieron acciones que viabilizaran la revolución social que insinuaban los testimonios recientemente citados. Por el contrario, cuando el régimen político volvió a la normalidad y se produjo el llamado a las elecciones, el PCCh se movilizó nuevamente calculando que el conflicto entre los partidos y el fortalecimiento de la FOCh jugarían a su favor. Sus estimaciones no fueron erradas: en 1925 eligieron a un senador y a seis diputados, mientras que en las elecciones parciales del año siguiente obtuvieron un senador y un

diputado más (Barnard, 2017, p. 66). En aquella ocasión, el regocijo por los resultados obtenidos dejó en segundo plano la recurrente crítica al fraude y al cohecho. Este éxito, además, fue leído como un apoyo a su postura sostenida desde 1912 y comprendido como una salida prometedora para la crisis política de 1924-1925.

Sin embargo, las esperanzas de afianzar al partido a través de la actuación de una importante bancada parlamentaria tropezaron al poco tiempo con la dictadura del coronel Carlos Ibáñez del Campo. A fines de 1926 el senador comunista Manuel Hidalgo, polemizando con Ibáñez -todavía ministro de Guerra- y su postura que censuraba abiertamente a los partidos políticos, declaraba tajante en el parlamento: «la política es la única ciencia para gobernar los pueblos y esta no puede ser reemplazada por la ciencia militar» (*Justicia*, Santiago, 19 de noviembre, 1926). A pesar de las esperanzas de Hidalgo, finalmente la «ciencia» que se impuso en 1927 fue la represión y la proscripción, acabando así con una etapa de quince años en que la lucha por la democratización fue la base de las acciones de los socialistas-comunistas.

CONCLUSIONES

Comprender la historia de la democracia como una historia de la lucha por la democratización permite ampliar el rango de análisis hacia fenómenos que, aunque en un comienzo parezcan marginales, terminan por afectar al régimen político. En este caso, la formación de un partido político por un pequeño grupo de obreros salitreros en 1912 permitió, al cabo de una década, posicionar las reivindicaciones de los trabajadores en la institucionalidad política. Así también, partidos refractarios a incorporar a los obreros como sujetos de su acción política modificaron su lenguaje y desarrollaron iniciativas para aminorar la influencia de los socialistas-comunistas entre los sectores populares. Durante todo el periodo analizado, estas acciones se movieron entre la represión y la incorporación de ciertas demandas. La postura de Ibáñez entre 1925-1931 grafica lo anterior: fue abiertamente crítico a la influencia de los socialistas-comunistas en el movimiento obrero hasta llegar a su proscripción y represión, al mismo tiempo que promovió el sindicalismo legal y apoyó a las organizaciones obreras que se declararon contrarias a la influencia de los partidos.

109

Con palpables diferencias en los métodos y en los fines, hacia 1925 la mayoría de los actores políticos reconocía la necesidad de atender las reivindicaciones obreras. La clave de este fenómeno se encuentra en la capacidad del POS-PCCh para organizar y movilizar a los trabajadores a través de una combinación entre las luchas sindicales y las políticas. Como a los socialistas-comunistas les interesaba tanto el mejoramiento de las condiciones laborales como la ampliación de los derechos democráticos, su lucha no se limitó al mundo obrero. Su importancia histórica radica precisamente en la voluntad de disputar el poder de los sectores dominantes, mediante la politización de los trabajadores y enfatizando en la incompatibilidad de los intereses de clase de cada grupo social. En el mundo obrero esta característica no se encontraba ni en los anarquistas, ni en los mutualistas, ni en los demócratas.

Por otra parte, la poca reflexión en torno a la democracia los condujo a una definición amplia y que se amoldaba a sus actuaciones y a las circunstancias de la política nacional e internacional. La interpretación dominante entre los socialistas establecía que la democracia era la manifestación política del capitalismo. La consecuencia directa de esta apreciación era, por lo tanto, que se esperaba su superación por el socialismo. Y para lograrlo había que desarrollar acciones de organización y de propaganda en el mundo obrero, a las que se sumaba la competencia electoral. La Revolución Rusa generó tensiones internas sobre las formas y los tiempos de la lucha democrática que realizaba el POS, expresión de esto fue el alejamiento del partido de importantes dirigentes tras su conversión en PCCh. Sin embargo, su actuación en los años posteriores indica que la idea de la democratización a través de la participación en las elecciones no se modificó. Los triunfos obtenidos en las

elecciones parlamentarias de 1921 (dos diputados) y 1925-1926 (dos senadores y siete diputados) fueron comprendidos por los socialistas-comunistas como un reconocimiento por parte de los trabajadores a su labor política y sindical.

Los esfuerzos que dedicaban a cada elección contrastan con sus críticas al fraude electoral. Esto se explica porque el fraude y la violencia fueron una constante en la vida de los trabajadores del periodo 1912-1925. Por ejemplo, la inexistencia de contratos laborales y de derecho a huelga permitía que los empresarios incumplieran de forma regular sus acuerdos con los trabajadores. Además, las manifestaciones obreras eran recurrentemente reprimidas y las organizaciones de los trabajadores objeto de persecución y espionaje cotidiano. En este contexto de explotación y represión deben insertarse las críticas que los socialistas dirigían al régimen político y a sus prácticas fraudulentas. Porque, aunque el fraude haya sido interpretado por una parte de la historiografía como una forma de competencia y el cohecho como una expresión de aquello, lo que interesaba en este trabajo era analizar la manera en que fue experimentado por los trabajadores organizados, y en específico, por los socialistas-comunistas. En este sentido, su postura en extremo crítica a estas prácticas no fue producto de una estrechez doctrinaria e ideológica, sino el resultado de la experiencia recogida luego de cada elección. Si en múltiples ocasiones la acción del dinero fue objeto de sus denuncias, se debía a que efectivamente la compra-venta de votos podía cambiar –siempre en favor de los candidatos de la oligarquía– el curso de las elecciones.

Por otro lado, el cohecho contravenía el espíritu de las reformas electorales de fines del siglo XIX, que habían eliminado los requisitos patrimoniales ampliando el rango social de la ciudadanía. En esta línea, la exigencia de elecciones limpias por parte de los socialistas constituye una apropiación de los parámetros de la modernización política a la vez que la demostración empírica de sus límites prácticos. Aunque escépticos de las posibilidades que entregaba la democracia chilena para cambiar la realidad de los trabajadores, los socialistas-comunistas fueron un agente fundamental tanto para legitimar las prácticas electorales entre la clase trabajadora como para ampliar los límites democráticos del régimen político durante el primer cuarto del siglo XX.

110

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Rolando (2016). ¿Represión o democratización?: la clase dominante chilena ante la crisis de la dominación oligárquica (1918-1927). *Outros Tempos* (vol. 13, 21), 148-171.
- Álvarez, Rolando (2017). La bolchevización del Partido Comunista de Chile. Antecedentes (1920-1927). En Patricio Herrera (coord.). *El Comunismo en América Latina Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)* (79-100). Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Anderson, Perry (1984). La historia de los partidos comunistas. En Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista* (150-168). Barcelona: Crítica.
- Arias, Osvaldo (2009). *La prensa obrera en Chile, 1900-1930* [1970]. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Barnard, Andrew (2017). *El Partido Comunista de Chile, 1922-1927* [1977]. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Bevir, Mark (2000). Republicanism, Socialism, and Democracy in Britain: The Origins of the Radical Left. *Journal of Social History* (vol. 34, 2), 351-368.
- Camarero, Hernán (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.

- _____ (2015). El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917. *Izquierdas* (22), 158-179.
- Camarero, Hernán y Carlos M. Herrera (ed.) (2005). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Casals, Marcelo (2016). *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la «campana del terror»*. Santiago: Lom Ediciones.
- _____ (2017). Democracia y dictadura en el Chile republicano. Prácticas, debates y conflicto político. En Iván Jaksic y Juan Luis Ossa (eds.), *Historia política de Chile, 1810-2010. Tomo I: Prácticas políticas* (331-360). Santiago: Fondo de Cultura Económica-Universidad Adolfo Ibáñez.
- Contreras T., Víctor (s/f). *Campesino y proletario*. s/l: Ediciones Estudio.
- Corvalán, Luis (1971). *Ricardo Fonseca. Combatiente ejemplar*. Santiago: Empresa Editora Austral.
- Craib, Raymond (2017). *Santiago subversivo, 1920. Anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas*. Santiago: Lom Ediciones.
- DeShazo, Peter (2017). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile. 1902-1927*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Donoso, Karen (2016). Las mordazas a la prensa obrera. Los mecanismos de la censura política en Chile, 1919-1925. *Izquierdas* (28), 191- 225.
- Eley, Geoff (2003). *Un mundo que ganar. Historia de la Izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Gazmuri, Cristián (ed.) (2001). *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*. Santiago: Instituto de Historia Universidad Católica de Chile.
- Góngora, Mario (1981). *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad.
- Grez, Sergio (ed.) (1995). *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- _____ (1998). *De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- _____ (2016). *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. Santiago: Lom Ediciones.
- _____ (2017). *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de «la Idea» en Chile, 1893-1915*. Santiago: Lom Ediciones.
- Hobsbawm, Eric (1987). *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- _____ (2010). Problemas de la historia comunista. En Eric Hobsbawm. *Revolucionarios* (18-23). Barcelona: Crítica.
- Lafertte, Elías (1971). *Vida de un comunista (Páginas autobiográficas)*. Santiago: Empresa Editora Austral.

- Lillo, Leandro (2008). Los lejanos ecos de una gran revolución. La Rusia soviética en el discurso del Anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917-1927). Informe de Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Santiago: Universidad de Chile.
- Massardo, Jaime (2008). *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*. Santiago: Lom Ediciones.
- Moore, Stanley (1997). *Crítica de la democracia burguesa. Una introducción a la teoría del Estado de Marx, Engels y Lenin*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Moulian, Tomás (2018). *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago: Lom Ediciones, 2018.
- Navarro, Jorge (2016). El lugar de la mujer en el Partido Obrero Socialista. Chile, 1912-1922. *Izquierdas* (28), 162-190.
- _____ (2017). *Revolucionarios y parlamentarios. La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922*. Santiago: Lom Ediciones.
- _____ (2017a). Volviendo a los orígenes. La reconfiguración política-cultural del Partido Comunista de Chile y el rescate de los fundadores (1988-1990), *Páginas*, (vol. 9, 20), 53-79.
- _____ (2019). El despertar de los campesinos. El Partido Obrero Socialista-Partido Comunista de Chile y la sindicalización rural, 1912-1925, *Notas Históricas y Geográficas* (23), 14-58.
- Nazer, Ricardo y Jaime Rosemblyt (2000). Electores, sufragio y democracia en Chile: una mirada histórica. *Mapocho* (48), 215-228.
- Partido Conservador (1921). *Convención del Partido Conservador. Año 1921. Celebrada en Santiago de Chile los días 19, 20 y 21 de Noviembre*. Santiago: Imprenta «El Chileno».
- Pinto, Julio (1998). ¿Cuestión social o cuestión política? La lenta proletarización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900) (251-312). En *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*. Santiago: Editorial USACH.
- _____ (2007). Discursos de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912. En *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)* (13-73). Santiago: Lom Ediciones.
- _____ (2013). Luis Emilio Recabarren. *Una biografía histórica*. Santiago: Lom Ediciones.
- Pinto, Julio y Verónica Valdivia. 2001. *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: Lom Ediciones.
- Ponce de León, Macarena (2017). Estado y elecciones. La construcción electoral del poder en Chile, siglo XIX y XX. En Iván Jaksic y Francisca Rengifo (eds.), *Historia política de Chile, 1810-2010. Tomo II Estado y sociedad* (243-270). Santiago: Fondo de Cultura Económica-Universidad Adolfo Ibáñez.
- Priestland, David (2010). *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.
- Recabarren, Luis Emilio (2010). *Ricos y pobres [1910]*. Santiago: Lom Ediciones.
- Riffo, Diego (2018). Sindicalismo, propaganda y participación electoral: el Partido Obrero Socialista en Viña del Mar. 1913-1922. *Izquierdas* (42), 30-62.
- Salazar, Gabriel (2009). Construcción de Estado en Chile. En *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI)* (40-51). Santiago: Lom Ediciones.

- Silva, Bárbara y Rodrigo Henríquez (2017). El Frente Popular: Representaciones sobre la ciudadanía en Chile, 1930-1950. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* (103), 91-108.
- Stabili, María Rosario (1991). Mirando las cosas al revés: Algunas reflexiones a propósito del período parlamentario. En Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy* (157-169). Santiago: USACH.
- Tarcus, Horacio (2013). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Tilly, Charles (2005). La democratización mediante la lucha. *Sociológica* (57), 35-59.
- Ulianova, Olga (2005). El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez, 1927-1931: primera clandestinidad y 'bolchevización' estaliniana. En Olga Ulianova y Alfredo Riquelme. *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile, 1922-1931* (215-248). Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Urtubia, Ximena (2016). *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933*. Santiago: Ariadna Universitaria.
- Valdivia, Verónica (1999). *Yo, el León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1915-1932*. *Historia* (32), 485-551.
- _____ (2016). Subversión y coerción. Izquierdas y derechas en los inicios de la democracia chilena del siglo XX. *Outros Tempos* (vol. 13, 21), 172-194.
- _____ (2017). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago: Lom Ediciones.
- Valenzuela, J. Samuel (1995). Orígenes y transformaciones del sistema político en Chile. *Estudios Públicos* (58), 5-80.
- Varas, Augusto (1988). Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern. En Augusto Varas (coomp.). *El Partido Comunista de Chile. Estudio multidisciplinario* (17-63). Santiago: CESOC-FLACSO.
- Varas, José Miguel (1998). *Chacón [1968]*. Santiago: Lom Ediciones.
- _____ (2010). *Los tenaces*. Santiago: Lom Ediciones.
- Vial, Gonzalo (1987). *Historia de Chile (1891-1973). Vol. I, Tomo II. La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*. Santiago: Zig-Zag.
- _____ (1986). *Historia de Chile (1891-1973). Vol. III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)*. Santiago: Santillana.
- Yáñez, Juan Carlos (2008). *La intervención social en Chile. 1907-1932*. Santiago: RIL editores.